

al alcalde por inepto, y había dicho que iba á prender fuego al pueblo por los cuatro costados; lo cual indicaba claramente la derrota de los Cañaverales y la importancia decisiva de los veintisiete votos que sin gran molestia habían reunido los amigos de Pío Cid. Después de los saludos, dió el notario amplia explicación de lo ocurrido por la mañana, congratulándose de que las manipulaciones ilegales de D. Carlos en Aldamar hubieran quedado sin efecto merced al esfuerzo de los seronetenses; á lo cual contestó Pío Cid, didiendo:

—Ahora más que nunca siento ser quien soy, porque lo que ustedes han hecho por mí merecía que el candidato triunfante no fuera yo, que tomo estas cosas á beneficio de inventario, sino un hombre de combate, que adquiriese prontamente una gran influencia, y les recompensara el interés que con tanto desinterés se han tomado.

—No hay que hablar de eso—dijo D. Cecilio.—Aunque usted no volviera á acordarse de mí en toda su vida, yo me alegraría de haber contribuído á su triunfo. Bien se dice que no hay enemigo pequeño, y que hasta las hormigas se vuelven para morder. Aquí se estaban divirtiendo conmigo los Cañaverales, y yo ahora gozo viéndolos humillados; ¡así reventarán por un ijar!

—Pero ¿qué daño le han hecho á usted esos señores—preguntó Pío Cid,—para que tanto encono les tenga?

—Me han hecho—contestó D. Cecilio,—todo lo que pueden hacer. ¿Qué más que no pagar-me el sueldo y tenerme sumido en la miseria en que vivo?

—Y ¿qué razón tienen para no pagarle?—preguntó Pío Cid.

—Ninguna—contestó D. Cecilio.—Dicen que como no va ningún niño á la escuela, no hace falta maestro. Ya ve usted qué lógica. ¿No van alumnos á la escuela? oblíguelen á ir, y si no, no tengan maestro; pero mientras lo tengan, páguenle. Esto es claro como la luz del sol.

—Lo que yo no veo tan claro—dijo Pío Cid,—es que usted siga en este pueblo. ¿Usted no es de aquí? ¿Tiene familia?

—No, señor—contestó D. Cecilio.—Soy hijo de Santafé, y he estudiado en Granada. Pregunte usted por D. Cecilio Ciruela, y sabrá si no he sido tan buen estudiante como el primero, y si no he sacado esta escuela á pulso, sin conocer á nadie del Tribunal que juzgó mis oposiciones.

—Pues bien—dijo Pío Cid,—repito que no comprendo que siga usted aquí; comprendería que, si tuviera usted alumnos, siguiera aunque no cobrara, por amor á la pedagogía; y comprendería mejor aún que, si cobrara usted sus haberes, siguiera, aunque no enseñara, por amor al dinero; lo que no me cabe en la cabeza es que esté usted aquí sin enseñar y sin cobrar, porque yo que usted, hace tiempo

que hubiera cerrado la escuela y me hubiera hecho maestro ambulante.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó D. Cecilio, aturdido ante la lógica inexorable de Pío Cid.

—Muy sencillo—contestó Pío Cid.—Ya que no pueda darle á usted otra cosa, voy á darle algo que para mí vale más que una fortuna; voy á darle una idea.

—¿Cuál?—se apresuró á preguntar D. Cecilio.

—Cuál se dice, según la Academia—contestó Pío Cid,—aunque usted hace admirablemente en decir cuál, pues así se dice en nuestra tierra, y además, es muy justo que cuál sea el macho y cuál la hembra. Y ahora voy á explicarle mi pensamiento.

El caso de usted no es único; son muchos los maestros que viven en la miseria, sin que haya remedio para este mal crónico de nuestro país. ¿Qué hacer? Ahondar en este fenómeno, y descubrir, como yo he descubierto, que la causa de esa obstinación con que se desatiende al magisterio no es otra que el deseo de transformarlo en instrumento de la regeneración nacional. Supóngase usted, amigo D. Cecilio, que todos los maestros de España que se hallan en el caso de usted tuvieran la idea, desesperados ya, de abandonar los pueblos en que no hacen nada útil, dedicarse á recorrer la nación y á esparcir á todos los vientos la semilla de la enseñanza. Esto sería

muy español; este profesorado andante haría lo que no ha hecho ni hará jamás el profesorado estable que tenemos. En nuestro país no se estima ni se respeta á quien se conoce, por mucho que valga. Usted sale á la plaza de Seronete, y se pone á predicar en favor de la instrucción ó á enseñar algo de lo mucho que debe saber, y es seguro que no le harán caso. Vaya usted por todos los pueblos de la provincia haciendo lo mismo, y verá cómo acuden á escucharle y á favorecerle, quién con dinero, quién con especies. ¿Cómo, dirá usted, es posible que en nuestro siglo subsistan estas formas de enseñanza, que parecen confundirse con la mendicidad? Sí, señor, es posible, y hasta que reaparezcan no adelantaremos un paso. Bajo nuestro cielo puro y diáfano, como el de Grecia, gran parte de la vida requiere aire libre, y nuestro afán de reglamentarla y meterla bajo techado, lejos de fortalecerla, la va aniquilando poco á poco. No hay deshónra en la mendicidad; pero en todo caso, el mendigo es el que pide, sin dar, en cambio, más que un «Dios se lo pague»; el que pide tocando la guitarra y cantando romances es un artista popular, el único artista conocido del pueblo pobre que no va á los teatros; y el maestro que enseñara en la plaza pública, como yo aconsejo, sería el maestro nacional por excelencia. No faltarían murmuraciones y críticas de parte de los espíritus pequeños, rutinarios; pero éstos se ensañaron también

con los artistas y filósofos que formaron el alma de Grecia y que legaron su nombre á la posteridad. No hay nada tan bello como el *Omnia mea mecum porto*; correr libre y desembarazadamente por el mundo, ganando el pan de cada día con nuestros trabajos. ¿No conoce usted la anécdota del naufragio del poeta Simónides?

—¿Qué anécdota es esa?—preguntó D. Cecilio, impresionado por el latinajo de Pío Cid.

—Se cuenta—dijo éste—que en un viaje que hizo por mar, la nave en que iba naufragó. Todos los pasajeros acudían á recoger sus riquezas para ver si podían salvarlas; muchos se ahogaron abrazados á ellas, y algunos las tuvieron que abandonar para ganar á nado la próxima orilla. Simónides vió impasible la catástrofe, y se echó al agua sin llevar más que lo puesto, que no valía gran cosa. Y cuando le preguntaron que dónde dejaba sus riquezas, contestó que todas sus riquezas las llevaba siempre consigo. Los náufragos que escaparon con vida se encaminaron al pueblo más cercano para que los socorrieran; y al llegar, vieron todos con asombro que Simónides comenzó á recitar sus poesías por las calles, y que el pueblo se lo disputaba para tener el honor de albergar á tan ilustre huésped. Todos fueron acogidos por lástima, pero Simónides lo fué por su propio mérito. Un hombre de talento que tiene el arranque de despreciar las riquezas y arrojarlas lejos de

sí si las tiene, recibe en el acto una riqueza mayor, la que da la fe en sí mismo; porque esta fe es el germen de todas las grandezas humanas.

Atónito escuchó D. Cecilio estos razonamientos del candidato triunfante por Seronete, y más atónitos quedaron él y D. Félix cuando le oyeron el discurso que siguió. Porque Pío Cid había manifestado deseos de dar las gracias á sus electores, y D. Félix había dispuesto obsequiarles con algunos vasos de vino. Todos eran trabajadores del campo, excepto tres: dos cuñados del mismo D. Félix y el escribiente de la notaría, que era ex secretario del Municipio, y acudieron al llamamiento con puntualidad. Los dos cuñados comieron con Pío Cid y D. Cecilio en casa de D. Félix, y después de la comida, á eso de las ocho de la noche, salieron todos á un portalón grandísimo que la casa tenía, donde los electores campesinos se habían ido reuniendo. Pío Cid les saludó uno por uno dándoles la mano, y les preguntó sus nombres y algo de sus familias. Luego, entre trago y trago, hubo conversación animada sobre la política del pueblo; y cuando toda la asamblea estuvo suficientemente caldeada, el diputado electo tomó la palabra y dijo:

—No tenía yo escrito en mi libro que hubiera de venir á Seronete á dar las gracias á los electores que me han sacado triunfante; yo soy de Aldamar, y á los aldamareños les

correspondía ayudarme, aunque yo no he solicitado su apoyo, como tampoco he solicitado el vuestro. Yo siento que mi triunfo ponga de manifiesto que este pueblo está dividido en bandos, que luchan sin verdadero motivo para luchar; pero yo no soy responsable de esta división, sino los que la han promovido con sus desaciertos. Y ya que hay razón, según parece, para rebelarse contra el cacique de este pueblo, más noble es rebelarse que no seguir sometidos por temor á sus demasías, y más noble sería impedir que el cacique las cometiera, haciéndole ver que una gran fortuna no basta para dominar á un pueblo cuando los habitantes tienen dignidad y entereza. Lo primero en el hombre es la dignidad; si no se puede vivir dignamente en este pueblo, váyanse á otro, y luego á otro si es preciso; y si no encuentran en ninguno trabajo y respeto, que es lo menos á que tiene derecho un hombre, les queda aún el recurso de emigrar á otros países. La patria puede exigir mucho de sus hijos, pero no puede exigir que sacrifiquen el honor; más vale abandonar la patria que deshonrarla; una nación que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan. Pero esto es hablar del último extremo en que puede verse un hombre de bien; esto lo digo sólo para taparles la boca á los que dicen que cuando á hombre rico ó poderoso se le ocurre ser amo absoluto de un pue-

blo, el pueblo no tiene más remedio que someterse; esto lo dicen los cobardes; los valientes, los que le tienen poco apego á la vida, no se someten nunca. Mueren, pero no se someten. Si vosotros estáis dominados, es por vuestra culpa, porque mostráis deseos de salir de vuestra condición, y el que se propone explotaros os conoce la flaqueza, y os coge por ahí, y se burla de vosotros. Van á poner un nuevo estanco, ó á nombrar un nuevo peatón; en una palabra, van á dar puestos y credenciales, y todos aguzáis las orejas. El ideal es escurrir el bulto al trabajo útil y dedicarse á esas faenas que vosotros llamáis nininanas. Y el que ha conseguido librarse del trabajo, piensa ahora en trasladarse á la capital, y el de la capital á la corte. Porque todos sabéis que el trabajo más inútil es el mejor pagado, y que lo último que se puede ser en este pobre país es trabajador del campo. Pero lo que vosotros no debéis olvidar es que el Evangelio dice que los últimos serán los primeros; y yo os voy á decir, para que lo sepáis, que vosotros sois los primeros en la vida del país, no porque seáis los más útiles, que esto os podría tener sin cuidado, sino porque sois los más felices, los más humanos y los más grandes. No hay edad más dichosa que aquella en que el niño está mamando, en que para él no existe más gloria que estar colgado del pecho de su madre; y no hay condición más feliz que la del hombre que vive apegado á la tierra, madre

de todos, recibiendo de ella la vida en pago de sus esfuerzos. El niño, por su desgracia, no puede ser siempre niño; pronto empiezan á salirle los dientes, y con ellos comienzan los sufrimientos; y después de las enfermedades viene algo peor, los desengaños; luego la vejez y la muerte irremediable. El campesino puede vivir eternamente en la venturosa infancia; no estará libre de sufrimientos, ni de envejecer y morir; pero mientras vive no pierde el calor de su madre, y cuando muere, deja hijos que viven como él vivió. Los que habitan en las ciudades se puede decir que habitan en el aire, y en un aire malsano; viven dando vaivenes, sin nada firme á que agarrarse, y mueren con la tristeza de dejar tras de sí una generación que empieza por donde ella acaba, y que ha de sufrir mucho más que ella ha sufrido. Hay hombres grandes que llegan á conocer con su espíritu el espíritu que llena todo el universo, y que no necesitan vivir ligados á la tierra, porque han hallado otra tierra espiritual, una nueva madre que les dé abrigo y protección; pero estos hombres son contados en el mundo; los más abandonan la tierra sin tener nada á qué ligarse, y viven en las ciudades como pájaros presos en la jaula. Cuando llega un desengaño, la falsedad del amigo, la traición de la mujer, la injusticia del mundo, ese hombre sin ventura se halla entre las cuatro paredes de un triste cuarto, y si echa á andar por las calles de la ciudad,

quizás no halle, entre centenares de miles de hombres, uno solo á quien confiar sus penas. Así se oye hablar todos los días de infelices que se matan ó que pretenden tomar venganza de sus miserias, promoviendo revoluciones ó cometiendo atentados espantosos con instrumentos inventados expresamente para destruir la sociedad. Vosotros no estáis libres de calamidades; pero si alguna cae sobre vosotros, tenéis siempre abiertos los horizontes, y por poco que reflexionéis, al espaciar la vista por estas campiñas tan hermosas y hacia estas gigantescas montañas, todos los males y todas las injusticias os parecerán pequeños comparados con esta grandeza. Aun para el hombre más desgraciado, para el que ha perdido el amor y la fe, hay siempre una religión indestructible: la de la tierra. Y ¿quién sabe si esa felicidad que se espera que ha de venir de los cielos á la tierra, no irá más seguramente de la tierra á los cielos? Porque de la tierra no salen sólo minerales ni brotan sólo plantas; salen ideas y brotan sentimientos, que si vosotros supiérais recogerlos como recogéis las cosechas, os enseñarían más que todos los libros de los hombres. Ojalá que esta tierra que, girando sin cesar, nos va descubriendo las estrellas innumerables del firmamento, nos lleve algún día á otros puntos del espacio donde brillen estrellas nuevas y nos iluminen ideas más humanas; pero mientras tanto, así como rezáis, si lo rezáis, el Padre

nuestro para pedir el pan de cada día, debéis rezar también una nueva oración: la Madre nuestra, para rogar á la tierra que recompense con los frutos de su seno inagotable el esfuerzo de los que en ella trabajan.

Cuando Pío Cid terminó su discurso, ninguno de los concurrentes tuvo nada que decir, aunque á todos se les conocía que estaban impresionados, aun á los que, por ser más torpes, no habían comprendido con claridad el pensamiento del orador. D. Félix le felicitó, diciéndole que si hablaba en el Parlamento con la misma serenidad y limpieza con que acababa de hablar, no tardaría en ser orador famoso y en calzarse un Ministerio, ó cuando menos una Dirección. D. Cecilio estaba orgulloso del acierto que había tenido en trabajar por el triunfo de un hombre que se expresaba con tanto desahogo, y que parecía calzar muchos puntos á juzgar por las muestras. Los campesinos estaban confusos, y sólo uno de ellos, llamado Bartolo Rodríguez, tuvo alientos para decir:

—Si el señor se hubiera dedicado á la Iglesia, con cuatro sermones como ese lo jaceran arzobispo.

Poco tardó en disolverse la reunión, porque Pío Cid dijo que quería descansar para emprender al día siguiente su viaje á Granada. Se despidieron todos de D. Félix, y cada mochuelo se fué á su olivo. Aunque el notario puso empeño en que Pío Cid no se fuera á

dormir á casa de la Polonia, donde lo pasaría muy mal, él no quiso causar más molestias, y se retiró también, despidiéndose como para no volver, puesto que tenía pensado dejar el pueblo muy de mañana. La hija del tío Rentero preparó las alforjas para el camino, recibiendo en cambio cinco duros que Pío Cid le dió para que se socorriera, y al amanecer salieron los dos viajeros de Seronete, tomando el camino de Júbilo, en dirección de la Sierra.

—Señor D. Pío—dijo el tío Rentero después de un buen rato de silencio,—yo no le he querido decir na á su mercé, pero creo que se acordará de que por este lao vamos á la Sierra.

—A la Sierra vamos—contestó Pío Cid.—Se me ha puesto la idea de que no he de volver vivo por estos parajes, y quiero por última vez subir á estas montañas. ¿Cree usted que se podrá cruzar al otro lado y volver á Granada por el camino de los neveros?

—Hombre, como poer, too se pué en el mundo—contestó el tío Rentero.—Trempanillo es pa subir; yo he subío siempre pa Santiago. Bien es verdá que este año ya se han bajao cuasi toas las nieves..... Vamos á tener un verano seco.

—Pues no hay más que hablar—dijo Pío Cid.—Haremos dos buenas caminatas: pasaremos por Júbilo de largo, y nos detendremos en Tontaina dos ó tres horas para que los mulos tomen un buen pienso, y después seguiremos hasta las faldas del Veleta. Aunque se

nos meta la noche no hay cuidado, porque hace luna. Tengo el capricho de subir al Picacho á ver salir el sol. Usted no tiene que subir, sino que se queda con los mulos más abajo, en el sitio que más le guste.

—Su mercé me perdonará—dijo el tío Rentero,—pero lo de encaramarse al Picacho me parece una temería. Y menúo fresquecillo que habrá, y empués los ventisqueros.

—Si cuando estemos allí veo que la subida es peligrosa, no subiré—dijo Pío Cid,—porque no me gusta ser temerario; no hay que huir del peligro, pero buscarlo tampoco, por aquello de que «el que busca el peligro, en él perece».

Cerca de las diez de la noche serían cuando llegaron á las faldas del Veleta, á un sitio donde el tío Rentero sabía que había unos corrales cercados, hechos de pizarras, donde se podía pasar la noche al abrigo del viento, bien que aquella noche, por fortuna, sólo soplaba una ligera brisa. Durante el camino no tuvieron encuentro bueno ni malo. Aparte la parada en Tontaina, se detuvieron dos veces para merendar, y todo el día lo pasaron muy agradablemente. El tío Rentero se desahogó á su gusto contando sucesos de su vida, y Pío Cid le escuchaba con gran atención, como si no tuviera nada en qué pensar, aunque pensaba mucho en las peripecias de su excursión y en lo que aún tenía que hacer antes de regresar á Madrid á descansar de sus ajetreos. Descan-

saron, por fin, de la larga jornada; y aunque los famosos corrales, que sin duda debían servir de guarida á los pastores que vienen en verano, estaban arruinados y no eran más que montones de piedras, el tío Rentero arregló un poco uno de los rincones, y con algunas lajas grandes formó una especie de techado, bajo el que extendió las enjalmas de las bestias y su desmedrado capote, que en aquellas circunstancias valía tanto como un colchón de plumas. Pío Cid le dejó hacer, y sólo le advirtió que anduviera con cuidado al mover las piedras, no fuera á picarle alguna víbora de las que por allí es frecuente hallar. Luego se apartó unos cuantos pasos en busca de unas neveras que estaban algo más arriba, y siguiendo el curso de un arroyo llegó al sitio donde el arroyo nacía, de un quieto remanso acariciado por el continuo gotear de la nieve. Entonces sintió el deseo de bañarse en aquella pila, cuyo fondo de granos de arena, al través del agua pura y tranquila, y á la luz clara de la luna, parecía una labor de primoroso mosaico. El tío Rentero, que vino á ver en qué se entretenía su amo, comenzó á hacer grandes aspavientos cuando le vió desnudarse y meterse en aquel agua fríasima.

—Por vía de Dios, señor D. Pío—le dijo,—que esto no se debía consentir. Cualquiera diría que no está osté bien de la cabeza. ¿No ve su mercé que eso es un agua crúa que tras-pasa lo mesmo que una espá? Yo he metío na

más que la mano, y se me ha quedao acorchá, que cuasi no la siento.

—Es un baño corto—contestó Pío Cid saliéndose del agua y comenzando á vestirse.—Ahora doy un buen paseo y como si tal cosa. Y nadie me quita ya el gusto de haberme limpiado el cuerpo de todo lo que se me haya podido pegar en los días que he andado por aquí. Si usted supiera historia, mejor es que no la sepa, sabría que la gente antigua, cuando se iba de un lugar donde no lo había pasado muy bien, tenía la costumbre de sacudir las sandalias para indicar que no quería llevarse nada, ni polvo. Á mí me parece mucho mejor tomar un baño, porque el agua es el mejor medio de purificación.

—Pero esa agua no es agua—dijo el tío Rentero,—es nieve líquida; y Dios quiera que su mercé no coja un pasmo que nus dé que sentir.

—Lo que ocurre—dijo Pío Cid echando á andar— es que estoy más fresco que una lechuga, y ahora vamos á dar un paseo. Yo no quiero acostarme, pues pasada la media noche voy á subir al Picacho; el tiempo ya ve usted que no puede ser mejor.

Disponíase Pío Cid á emprender la ascensión, cuando el tío Rentero le retuvo, diciéndole que él no se quedaba solo ni tampoco le dejaba ir, pues había sentido que les rondaban los lobos.

—Usted está viendo visiones—dijo Pío Cid;

—ahora no viene un alma por estos parajes, y no sé qué van los lobos á buscar aquí.

—Esos malditos—replicó el tío Rentero—ventean de cien leguas, y andan por aquí, no hay día, porque las bestias están soliviantás.

—Pero ¿usted cree que hay lobos todavía?—preguntó Pío Cid.—Yo he oído muchas historias de lobos, pero no los he visto nunca más que en los museos. Zorras sí he visto, y hasta he cogido alguna.

—Hay lobos—contestó el tío Rentero,— y no se ría su mercé; osté no los ha visto, como yo, atacar á un pueblo, y tener todos los hombres que salir con escopetas pa ahuyentarlos.

—Pero dicen—arguyó Pío Cid—que atacan á las bestias antes que á los hombres; y en caso de que vinieran aquí, con apartarse un poco y dejar que se coman los mulos, no creo que les quedaran ganas para comernos á nosotros.

—Pronto lo vamos á ver—exclamó con voz azorada el tío Rentero.—La Virgen Santísima nus valga, porque los lobos están aquí mesmo. Mire su mercé—añadió en tono muy bajo—aquella loma que tiene unos picos; una miajica á la dizquierda, ¿no ve su mercé un bulto?

—Lo veo—contestó Pío Cid,—y veo también que se mueve.

—El Señor nus favoreja—clamó el tío Rentero.

—No hay que asustarse—dijo Pío Cid.—Somos dos hombres contra un lobo. Yo no tengo armas, pero usted tendrá alguna.

—Tengo ésta—contestó el tío Rentero, sacando de la faja un pistolón antiguo, de los de chimenea,—ahora verá osté.....

Alzó el gatillo y quitó el mixto para ver si la chimenea estaba bien cebada; volvió á colocar el fulminante y apuntó un gran rato hacia el bulto negro, que se movía de vez en cuando, y del que se percibían claramente dos á modo de orejas muy largas; dejó caer el gatillo, y sonó un chasquido, no mucho mayor que el de un eslabonazo en un pedernal.

—Más vale que guarde usted esa pistola—dijo Pío Cid, oyendo el gatillazo,—no sea que el lobo se entere de que nuestras armas funcionan mal, y aligeren más á venir.

—No lo tome osté á broma—dijo asustado el tío Rentero,—que lo peor es que un lobo no va nunca solo, y que ése que está ahí debe ser el guión de la maná, y si acúen toos nus van á jacer trizas. Mejor sería levantar el campo.....

—Eso de ningún modo—interrumpió Pío Cid.—Yo he oído decir que con los lobos lo peor es huir. Me apuesto á que ése que está allí se pasa la noche olfateando sin atreverse á acometernos. ¿No tiene usted más arma que esa desdichada pistola?

—Aquí tengo el cuchillejo que le di á osté enantes—contestó el tío Rentero.

—Démelo usted—dijo Pío Cid, quien cogió el cuchillo y lo desvainó para examinarlo.—Con esto basta para escabechar una docena de lobos. Va usted á ver lo que yo hago para

salir de dudas, porque me parece muy tonto estar toda la noche mirando á aquel bulto, que quizás no sea lo que nos figuramos.

—Lobo es—dijo el tío Rentero,—y si no, pierdo yo el gañote.

—Si es ó no es, pronto lo veremos—dijo Pío Cid, echando á andar con paso firme hacia la loma, mientras el tío Rentero le seguía con los ojos sin atreverse á decirle que se volviera atrás.

Llegó Pío Cid á pocos pasos del temido lobo, y le vió dar un salto ligero y salir huyendo como una exhalación.

—Tío Rentero—gritó en voz muy alta para que le oyera,—¡no era lobo!

—¿Qué era?—preguntó el tío Rentero.

—Una cabra montés—gritó Pío Cid.—Venga usted y verá los rastros.

—Allá voy—contestó el tío Rentero, quien fué, en efecto, á cerciorarse, como se cercioró, por las pisadas del animal, de que el lobo era cabra, y de que las tiesas y horripilantes orejas eran cuernos inofensivos.

—¿Ve Vd.—dijo Pío Cid—como lo mejor en todas las cosas es acercarse para verlas bien?

—Eso es verdá—dijo el tío Rentero;—mas si hubiera sío lobo.....

—Quizás hubiera huído más pronto que la cabra—contestó Pío Cid.—Todos los animales le temen á un hombre resuelto..... En fin, acuéstese usted tranquilo, que yo, desde aquí, me voy al Picacho.

—Mire su mercé que empieza á jacer frío— observó el tío Rentero,—á quien no se le había quitado el susto del todo.

—Yo tengo calor—contestó Pío Cid.

Y sin más explicaciones volvió las espaldas y empezó á subir cerro arriba, procurando pisar en sitio seguro para no hundirse en algún mal paso.

Iba Pío Cid decidido á no detenerse hasta llegar al mismo Picacho, para llegar á tiempo de ver salir el sol; pero los pensamientos del hombre son mudables, y no había andado la mitad del camino cuando comenzó á enfriársele el entusiasmo por el astro del día.

—Después de todo—pensaba,—el sol no ha sido nunca santo de mi devoción, y creo que esta ocurrencia de ir á ver cómo sale es un capricho infundado, ó fundado en que, cuando yo era joven, vine alguna vez, como vienen muchos ascensionistas, inspirados por la curiosidad más que por el amor á la Naturaleza. De entonces acá mi espíritu ha cambiado tanto, que hoy, pensando con sinceridad, lo que á mí me inspira el sol es desprecio, porque su luz, tan cantada por los vates, nos presta una vida tan mísera como la que arrastramos. Años y aun siglos hace que el sol alumbraba en España para poner al descubierto nuestra decadencia y las ruinas de nuestro antiguo poder, y para alumbrar este cuadro más propia será quizás la luz opaca de la luna.....

En este punto de sus reflexiones se detuvo, y viendo surgir por la cresta de la montaña la primera claridad de la aurora, sintió que se apoderaba de él un sentimiento inexplicable. No fué que le apareciera la visión blanca, que tanto debía influir en su vida; fué más bien que tuvo el presentimiento de la visión. Quizás se imaginó que detrás de la montaña comenzaba á levantarse, allá por el Oriente, el ideal de pureza, de amor y de justicia que él no hallaba en el mundo, y este ideal le inspiró una canción extraña, como todas las que brotaban espontáneamente de sus labios, y que decía así:

Hija de Oriente, que sueñas  
Oculta tras la montaña,  
Despierta y oye amorosa  
La canción de la mañana:

«Yo soy la noche que llora  
Con las lágrimas  
Que el sol al ponerse deja  
Por doquiera  
Que su rastro de luz pasa.

Tú eres la noche que ríe  
Cuando el alba  
Nace y disipa las sombras  
Con las ondas  
De su luz serena y clara.

Yo soy la sombra que corre  
Desolada;  
Amor que va ciego y mudo

Por el mundo,  
Sofióndó en la niña blanca.

Presa entre dos resplandores  
Va mi alma,  
Que á la blanca niña busca  
Sin que nunca  
En la tierra pueda hallarla.

Sólo una vez á lo lejos  
Vi á mi amada,  
A altas horas de la noche  
Por el bosque  
Misterioso de la Alhambra.

Me acerqué, y no era la niña  
De mis ansias;  
Un rayo de luna era,  
Alma en pena  
Que por el bosque vagaba.

De un viejo sauce llorón  
En las ramas,  
Un ruiseñor solitario  
Ha entonado  
La canción de la esperanza.

Yo también saludo alegre  
La alborada;  
Hija de Oriente, despierta,  
Y risueña,  
Asómate á la ventana.

No tardó el sol en coronar la cúspide del  
Picacho, surgiendo majestuosamente como  
una evocación, y esparciendo su cabellera ru-  
bia sobre las faldas nevadas de la Sierra. Pío

Cid sintió nuevos deseos de encaramarse en  
la cima para contemplar el vago y confuso pa-  
norama de la lejana ciudad, entregada aún al  
sueño, y la ancha vega granadina, cercada  
por fuerte anillo de montañas, recinto infran-  
queable como el huerto cerrado del cantar bí-  
blico. Luego se sentó y se quedó largo tiempo  
absorto, con los ojos fijos en las costas africa-  
nas, tras de cuya apenas perceptible silueta  
creía adivinar todo el inmenso continente con  
sus infinitos pueblos y razas; soñó que pasa-  
ba volando sobre el mar, y reunía gran golpe  
de gente árabe, con la cual atravesaba el de-  
sierto, y después de larguísima y oscura odi-  
sea llegaba á un pueblo escondido, donde le  
acogían con inmenso júbilo. Este pueblo se  
iba después ensanchando, y animado por nue-  
vo y noble espíritu atraía á sí á todos los de-  
más pueblos africanos, y conseguía por fin li-  
bertar á Africa del yugo corruptor de Europa.

—¡Africa!—gritó de repente; y conforme el  
eco de su voz, alejándose hacia el Sur, desde  
las costas vecinas parecía repetir: ¡Africa!,  
se le iba pasando aquella especie de des-  
varío.

Muy entrado ya el día dejó su empinado  
observatorio. El sol picaba de lo lindo, y la  
vega que antes era un tranquilo Edén, ahora  
semejaba un lago de luz, en el que, como bar-  
cos en el mar, se columpiaban blancos pueble-  
cillos, remontando ligeras columnas de humo.  
Por fin, á eso de las diez llegó Pío Cid adon-

de el tío Rentero le esperaba, el cual lo tenía ya todo dispuesto para echar á andar.

—¿Qué le parece á su merced,—le preguntó á su señor—si fuéramos al cortijillo de la Muerte, que está aquí á dos pasos?

—Iremos adonde usted quiera; pero, ¿cree usted que estará su hijo allí?

—La semana pasá—dijo el tío Rentero—estaba pa subir desde Las Puentes, donde jace la inverná. Este año va alantaillo.

—Pues vamos allá cuando usted quiera—dijo Pío Cid.

Y allá fueron en menos de media hora, y hallaron, en efecto, á Bernardo con su mujer y su numerosa parva, y aun es fama que Pío Cid aprovechó la coyuntura para pedir que le hicieran gachas de maíz con caldo, rojo como la grana, en el que navegaban unas guindillas tan picantes que sólo de olerlas se trastornaba el sentido. Las gachas eran el plato favorito de Pío Cid, y no huelga por completo consignar aquí este detalle por el valor que pudiera tener en la complicada psicología de nuestro héroe. Después de almorzar el tío Rentero apretó las cinchas á los mulos y los trajo á la puerta del cortijo; montáronse los dos viajeros, y montados ya, se despidieron de aquella infeliz familia, y entonces el tío Rentero volvió á decir:

—¿Qué le paece á su merced si siguiéramos esa verea y cayéramos más abajo de Quéntar?

—¿Qué tiene usted que hacer allí?—preguntó Pío Cid.

—Lo digo—contestó el tío Rentero—porque pasaríamos por Dúar, y allí tengo una hija que está casá con un papelero.

—Vamos allá—dijo Pío Cid;—usted, por lo visto, se ha propuesto abastecer de habitañtes á casi todos los pueblos de España.

Fueron, pues, á Dúdar, adonde llegaron á la hora de almbrzar; y es fama asimismo que la Antoñuela, la hija del tío Rentero, tenía dispuestas unas migas que dejaban atrás las gachas de Bernardo, y que Pío Cid las comió con mucho gusto, porque las migas eran otro de sus platos favoritos. En Dúdar descansaron unas cuantas horas para dejar pasar la fuga del sol, y á las cuatro de la tarde llegaron al fin á la huertecilla del tío Rentero, sin que durante el camino despegara Pío Cid los labios. Sólo al acercarse á la capital, en un punto desde el que se veían unas hazas de trigo con ramalazos obscuros y como afogarados, se le ocurrió decir:

—Estos días ha corrido el solano, tío Rentero; mire usted esos trigos, que parece que los han tostado en un hornó.

—Abrasaícos están, abrasaícos—contestó el tío Rentero, y siguió hablando de las peripecias del viaje, en particular de la aventura del lobo, que se le había quedado muy bien grabada.

La tía Rentera preparó un soberbio potaje

de habas para obsequiar á su huésped, y éste comió el potaje con tanta satisfacción como había comido las gachas y las migas; por donde se infiere que era hombre de buena boca, no porque comiera mucho, sino porque comía todo lo que le guisaban. Ya era bien entrada la noche cuando Pío Cid, acompañado del tío Rentero y del hijo de éste, Celedonio, que llevaba el pequeño equipaje, se presentó en su casa, preguntando si había alguna novedad.

—No hay más—contestó Jesusa—que unas cartas que están sobre la mesa de su cuarto.

—Haga usted el favor de dármelas—dijo Pío Cid.

Y cuando las tuvo en la mano las abrió y las ojeó rápidamente, porque vió que las cinco cartas eran de Martina, y temió que hubiese ocurrido algo que motivara tan copiosa correspondencia. Rasgó y tiró los sobres y se guardó el haz de cartas en el bolsillo de la americana, diciendo con aire ligeramente contrariado:

—Nuestro gozo en un pozo, tío Rentero. El día de campo se queda para otra vez, porque mañana mismo ó pasado, de madrugada, salgo para Madrid.

—¿Cómo es eso?—preguntó el tío Rentero.

—¿Ha ocurrió alguna noveá?

—No—contestó Pío Cid;—pero me urge ir para ciertos asuntos. Ahora vamos aquí al lado, pues pienso comprarle á usted un regalillo.

—Eso sí que no—dijo el tío Rentero;—antes

me quee manco que tomar un chavillo partió por la mitá.

—Muy bien dicho—replicó Pío Cid—si yo fuera á darle á usted dinero. Sus servicios de usted son de amigo á amigo, y no se pagan con nada. Pero yo quiero dejarle á usted un recuerdo, y usted mismo va á elegir lo que más le guste ó lo que le haga más falta.

—Como falta, como falta—dijo el tío Rentero,—jacen falta muchas cosas; pero yo no quiero ser gravoso, y con unos alpargates me doy por pagao; y eso pa no despreciar á su mercé.

—Unos alpargates no valen arriba de seis reales, y se le regalan á un mendigo.

—Quien dice alpargates, dice zapatos de becerro—replicó el tío Rentero.

—Me gusta más—dijo Pío Cid—un regalo que no sirva sólo para los pies, sino para todo el cuerpo. El capote que llevaba usted en el viaje es un andrajo, y lo que voy á comprar es un buen capote de monte, para que cuando se lie usted en él parezca un personaje.

Doce duros costó el capote, y aunque hacía calor, el tío Rentero se lo puso en el acto para dar más golpe cuando apareciera por las puertas de su casa. Y en cuanto á Celedonio, también salió ganando un par de alpargatas, amén de otros cuatro pares más para las hijas de Bernardo, que estaban descalzos de pie y pier-na. El tío Rentero se fué llorando, no como él lloraba de costumbre, por el lagrimeo de

los ojos, sino llorando de verdad, por tener que separarse de un amo tan generoso.

Al día siguiente por la mañana vino Pío Cid á buscarme para despedirse de mí; pero yo había también decidido volver á Madrid por haber recibido carta de Anita, en la que me decía estaba muy enferma. Quedamos, pues, en irnos los dos en el coche de Jaén, que salía por la noche, y en reunirnos por la tarde con los amigos de la tertulia literaria cuando él hubiese despachado los asuntos que tenía aún pendientes.

Desde mi casa se fué al penal de Belén, donde se detuvo muy poco. Preguntó por el Director, y á falta de éste, uno de los vigilantes, al saber el motivo de la visita, dió orden de que inmediatamente viniera el penado Gutiérrez al despacho de la Dirección.

—Conozco muy bien á ese penado—le dijo á Pío Cid,—y es de los mejores de la casa y de confianza absoluta; aunque le dieran suelta no se iría, porque desea cumplir.

—Le advierto á usted—dijo Pío Cid con acento de convicción—que me consta que ese pobre hombre ha sido condenado injustamente y que he de gestionar su indulto. Supongo que si pidiera informes los darían ustedes buenos.

—Todo lo buenos que se pueden dar—contestó el vigilante;—esté usted seguro. Ya le digo que es de los mejor notados de la casa.

Entró en esto el penado Gutiérrez, que se

descubrió, y, sin mirar apenas, comenzó á darle vueltas á la gorra, hasta que Pío Cid se dirigió á él y le saludó, dándole la mano y diciéndole:

—Me alegro de verle á usted tan bien de salud. Parece que no le tratan mal aquí.

—No, señor—contestó Gutiérrez, el cual, en efecto, estaba grueso y de buen color, y tenía más cara de canónigo que de delincuente.—Si voy á decir la verdad, cuasi que estoy aquí más bien que allá en el pueblo.

—Hombre—replicó Pío Cid,—eso se me figura que es ya decir demasiado.

—Le diré á osté—rectificó Gutiérrez,—de juro que aquí se está más mal, porque no se tiene libertad y aluego separao de la familia; y la eshonra natural de que digan que uno ha estaó en un presirio. Pero yo lo decía porque en el pueblo estaba siempre paeciendo del estógamo, que, en cuanto que comía, me tenía osté doblao y teniendo que meterme los puños. Y aquí, como come uno el rancho á sus horas, lo mismo que en un cuartel, sabe osté que he entrao en caja y comería jasta jierro molío, tan y mientras que antes no podía jacer la cohura ni de un miajón de pan. Cuando yo entré aquí estaba en las guías. El señor me vió, y dirá si no venía yo que paecía que me acababan de esenterrar. Y ya ve osté lo bien que me ha sentao estc.

—Mucho me satisface que así sea—dijo Pío Cid,—porque en esto veo yo claramente que

hay una justicia superior á la de los hombres. Los hombres le han condenado á usted injustamente, y la Naturaleza le ha proporcionado á usted el desquite, puesto que con el buen régimen que aquí se sigue, se le ha arreglado á usted el estómago.

—¿Ve osté, D. Ceferino—interrumpió Gutiérrez, dirigiéndose al vigilante,—cómo es verdá lo que yo decía? Me gusta que este caballero diga lo que ha dicho pa que se vea que yo no soy un creminal.

—Lo malo es—agregó Pío Cid—que el castigo no ha recaído sólo sobre usted, que, por lo visto, casi ha salido ganando con que lo condenen. La más castigada es la pobre mujer de usted, que tiene que trabajar como una condenada para dar de comer á los cuatro chiquillos. Aunque se dice que nadie es responsable de las faltas ajenas, lo cierto es que, cuando castigan á un hombre como usted, casado y con hijos, la pena principal la sufre la mujer. Y vea usted por dónde las injusticias son más temibles por la cola que traen consigo. Pero, en fin, voy á mi asunto..... El haberle llamado á usted es para entregarle tres duros de parte de su mujer. Tómelos usted y consuéllese de su desgracia pensando en que, no sólo se ha curado del estómago, sino en que tiene una mujer que no se la merece.

—Eso es verdá—dijo Gutiérrez, tomando los tres duros,—y yo no sé en dónde habrá escarbado mi Josefa estos dineros. ¿Cómo ha

sío el dárselos á osté, manque sea mucho preguntar?

—Fué estando yo en Aldamar, de donde lleagué anoche. Parece que ahora, con motivo de las elecciones, ha habido reparto de limosnas.....

—Y mi mujer y los chiquillos—preguntó Gutiérrez—¿están bien?

—Todos se han quedado muy bien—contestó Pío Cid.—Yo estuve en su casa de usted con el tío Frasco Rentero, á quien usted conoce, y allí lo único que falta es que usted vuelva cuanto antes.

—En cuantico que cumpla—dijo Gutiérrez—salgo pa allá como un cohete.

—Lo que no me parece bien—dijo el vigilante interviniendo—es que su mujer, que pasa tantos apuros, le envíe ese dinero, cuando usted tiene aquí algunos ahorrillos.

—Ha de saber osté—replicó Gutiérrez—que el dinero lo pedí yo pa tabaco jace más de tres meses, cuando no trabajaba. Y ahora no crea osté que lo voy á tirar, que lo que yo quiero es juntar una güena porra de duros pa mercear dos ú tres borriquejos, y echarme al camino tan luego como salga de aquí.

—Muy bien pensado—dijo Pío Cid,—y ¡ojalá sea pronto! Y que algún día le vea yo á usted hecho un arriero rico, con la mejor recua de la provincia. Conque á pasarlo bien y á no torcerse.

Se retiró Gutiérrez después de saludar con

gran acatamiento al verse tan bien tratado, y Pío Cid se despidió en seguida del vigilante, diciéndole antes de salir:

—Si todos los presos lo pasan como Gutiérrez, le aseguro á usted que éste no es un establecimiento penal, sino un convento muy apetecible, donde se vive retirado del mundo y sus engaños, bien comido y bien dormido, y aun ahorrando para el día que haya que abandonar la celda.

—Hay de todo—contestó el vigilante.—A algunos hay que apretarles las clavijas, porque si no, no habría medio de barajarlos; pero en general lo que se dice de malos tratos, son cuentos de vieja. Si usted no estuviera tan de prisa vería todo el establecimiento, y en particular el taller.

—¿Y en qué trabaja este Gutiérrez?—preguntó Pío Cid.

—No sabía ningún oficio cuando llegó, porque ha trabajado siempre en el campo, y aquí ha aprendido á hacer cosas de albardonería; en alpargatas es en lo que más trabaja.

—Pues repito lo dicho—dijo Pío Cid sonriendo;—si por mi desgracia me ocurre encontrar á alguien que merezca que le corten la cabeza, yo se la corto sin temor y me hago fraile de esta nueva orden que acabo de descubrir.

—Si así fuera—contestó el vigilante siguiendo la broma,—á ver si viene usted á este convento. No se le dará mal trato.

Desde Belén se encaminó Pío Cid á casa del Gobernador para despedirse de él y recoger la cruz de plata que había ofrecido llevar personalmente á la Duquesa de Almadura, y de paso, para resolver el asunto de su elección de un modo radical, á fin de que no le ocasionara más molestias en lo sucesivo. No fué su decisión improvisada, puesto que durante su viaje de regreso vino reflexionando sobre ella, siendo esta la causa de que no se fijara en el paisaje, así como en el viaje de ida tampoco se había fijado, á causa de la famosa receta prometida á sus amigos. Y no está demás esta explicación, pues seguramente no faltará quien me censure por no hallar en este relato ninguna descripción de los lugares por donde fué pasando mi héroe, siendo así que yo he debido atenerme á la verdad, y la verdad es que él no hizo consideraciones de ninguna especie sobre los terrenos que iba pisando. Sea que Pío Cid amase más al hombre que á la Naturaleza, ó bien que por haber vivido en países tropicales y de vegetación espléndida le pareciese pobre su país natal, no obstante ser de los celebrados de España, está fuera de duda que ni en esta ocasión ni en ninguna otra se entusiasmó viendo las bellezas del paisaje. A él le gustaban más las vistas que ofrece el espíritu del hombre, cuando se tienen ojos para verlas, y quizás no veía en la tierra más que una buena madre y fecunda nodriza del hombre, puesto que lo único que en el